

José Toro-Alfonso

Masculinidades subordinadas: Investigaciones hacia la transformación del género.

Hato Rey: Publicaciones Puertorriqueñas, 2008.

ALFONSO MARTÍNEZ-TABOAS

Universidad Carlos Albizu

En este libro el Dr. José Toro-Alfonso, psicólogo clínico y catedrático del Departamento de Psicología de la Universidad de Puerto Rico, nos hace repensar un concepto que usualmente se da como esencial y seguro: la masculinidad. La postura tradicional es que ser un hombre “verdadero” implica cumplir con una serie de rasgos y tareas: fortaleza, represión de emociones, machismo, control, dominio y poder, entre otras. A esto el autor le llama la masculinidad hegemónica.

Precisamente esta visión de lo que parece esencial en la naturaleza del hombre, es lo que el Dr. Toro-Alfonso va a cuestionar utilizando datos de disciplinas tan diversas como la antropología, la psicología, la psiquiatría, la sociología, y el análisis del discurso. La tesis medular del autor es que, aunque los hombres tienen en común una constitución genética, hormonal y genital, el significado que se le asigna a esa constitución biológica varía dramáticamente de tiempo en tiempo, de lugar a lugar y de cultura a cultura. ¿Cómo es posible esto?

Para realizar esta tarea el autor se inserta en lo que se conoce como la construcción social de la masculinidad. El autor plantea que es un error garrafal partir de una tesis esencialista y prediscursiva de la masculinidad. Dicha tesis plantea que ser hombre ya está otorgado por la naturaleza. La tesis del Dr. Toro-Alfonso subvierte la tesis anterior y plantea una visión alterna: ser hombre es una construcción social fomentada y mantenida por diversos escenarios discursivos, sociales, políticos y hasta religiosos. Como tal, no hay ninguna esencia en ser hombre: en vez tenemos un caleidoscopio de posibilidades o de masculinidades.

Entonces, ¿por qué no vemos ese caleidoscopio social más en función? ¿Por qué tanto machismo? ¿Por qué los hombres lideran las estadísticas en agresividad, homicidios, asuntos bélicos, drogodependencia y otros males sociales? ¿Por qué el afán de controlar los sentimientos, a las mujeres y de sentirse seguros en el poder?

Todas estas preguntas son planteadas por el autor y a todas se les ofrece una respuesta dentro de su perspectiva constructivista. Por ejemplo, el autor plantea que no hay tal cosa como una identidad masculina; en vez, hay masculinidades. La diferencia estriba en que el mundo discursivo (no el biológico) plantea que no hay nada fijo, esencial, prediscursivo; en vez, ser masculino puede dar paso a la creación o manifestación de diversos tipos de identidades masculinas.

A esta subversión de la identidad masculina hegemónica el autor la denomina la subordinación de la masculinidad. Esta subordinación está compuesta de identidades masculinas que no encajan ni compaginan con las identidades hegemónicas masculinas. Ejemplos de estas identidades caleidoscópicas serían, por ejemplo, los hombres gay y los metrosexuales. Estos serían hombres que se visualizan a sí mismos rompiendo los parámetros de lo que es ser un “hombre verdadero”. En el caso de los gays, invirtiendo el deseo hacia su propio género; en el caso del metrosexual, invirtiendo energía en detalles más delicados del contorno de su presencia física, en donde queda atrás como paradigma de lo masculino la fuerza bruta y el cuerpo velludo y descuidado.

Sin embargo, el autor plantea que las masculinidades subordinadas suelen tener un costo. Al romper los parámetros aceptados del masculino hegemónico, muchas veces hay un costo social y un costo personal. El social es el estigma, el prejuicio y la devaluación de la masculinidad alterna. Lamentablemente, esta marginalización social muchas veces proviene de quienes precisamente deberían de fomentar el respeto a la diversidad: profesionales de la salud mental, políticos y líderes religiosos. El costo personal se podría traducir en patologías individuales (aislamiento extremo, alcoholismo, auto-estima baja).

Se desprende de la tesis del autor que las masculinidades subordinadas, si dejasen de ser subordinadas, traerían unos beneficios al bienestar holístico de los hombres. Entre ellos, abandonar o cuestionar papeles sociales asignados que le rinden pleitesía al poder, al dominio y al control del que transgrede dichas reglas. Potencialmente, esta transformación traería consigo el respeto y reconocimiento a las mujeres, a las minorías y a esos hombres que ya no estarían subordinados, sino que serían partícipes activos de una constelación amplia y diversa de masculinidades.

Más allá de este bagaje conceptual, y yendo específicamente al libro, el Dr. Toro-Alfonso analiza el tema que nos concierne en ocho capítulos. En el capítulo 1 el autor realiza una revisión básica de la temática de las masculinidades y no oculta que su objetivo en esta obra es “contribuir en alguna manera al debate sobre la hegemonía de la masculinidad y su crisis existencial” (p. 35). Puntualiza que son pocos los trabajos publicados sobre esta temática en Puerto Rico, lo que realiza la justificación de la obra actual.

El capítulo 2 se centra en las homosexualidades. El autor enfatiza que, al igual que hay masculinidades, también hay homosexualidades (en plural), ya que existe toda una amalgama de construcciones de identidad sobre lo que es ser homosexual. El autor realiza una buena síntesis crítica a las nociones anacrónicas de que la homosexualidad es sinónimo de enfermedad mental, promiscuidad y que se puede curar con psicoterapia. Quizás en un plano más especulativo, el autor no parece tener simpatías con la visión que plantea que, en algunos homosexuales puede haber substratos endógenos o biológicos. A mi parecer esta vertiente biológica aún está muy en pañales como para ofrecer una alternativa viable para entender el origen de la homosexualidad. Sin embargo, en lo personal, no la descartaría como una idea totalmente inservible aún.

En el capítulo 3 el autor elabora la temática de las masculinidades y las homosexualidades. El punto de partida del autor es que si entramos de lleno a la heterogeneidad de las subjetividades, nos daremos cuenta que la gente por lo general entiende y practica su vida de maneras pluralistas y no lineales. La sexualidad, el deseo y la construcción de género son construcciones y no pueden ser entendidos como esencias dadas. El blanco de ataque del autor es la “masculinidad hegemónica”, la cual es el recipiente de toda una carga ideológica que resalta el deseo y necesidad de poder y dominio sobre los demás, en especial de las masculinidades subordinadas y de las mujeres. En este capítulo el autor presenta un estudio que él realizó con el Dr. Varas en el cual se utilizó una muestra de 210 hombres que han tenido sexo con hombres. De la misma se desprende que aquellos participantes que endosaban los valores de la masculinidad hegemónica, tenían conductas de alto riesgo para la infección VIH/SIDA, mostraban una sexualidad penetrativa y no sujeta al otro sino al placer por sí mismo. Otro hallazgo del autor es que muchos de estos hombres participan de sexo con otros hombres pero bajo la premisa de que de alguna manera se mantengan los roles sexuales tradicionales, lo que vulnerabiliza innecesariamente a esta población en términos de su salud física y de no disfrutar de relaciones más personales y vínculos más afectivos.

En el capítulo 4, el autor retoma el tema de la homosexualidad y la salud física, en específico el VIH/SIDA. El dato es innegable y contundente: los hombres que tienen sexo con hombres son más impactados por este tipo de infección. Entre las variables identificadas para esta vulnerabilidad están el abuso sexual infantil, homofobia internalizada, una auto-estima pobre, y deficiencias interpersonales en manejar situaciones de negociación. Pero más allá de las deficiencias individuales se encuentran las estructurales, como la pobreza, poco acceso de información de salud y el comercio sexual. Estas estructuras sociales desligan, separan, marginalizan y penalizan a las personas que tienen sexo con hombres, de beneficiarse de los recursos que posee la sociedad, colocándolos entonces en conductas de riesgo a mansalva. Muy sabiamente el autor recomienda que las intervenciones preventivas de salud pública no sólo enfatizan el plano individual, sino también que abarquen todas esas instancias organizativas macrosociales que ayuden a poner freno a la epidemia del SIDA.

En el capítulo 5 el autor refina más aún su postura de que la masculinidad transgresiva “no es otra cosa que la manifestación de la diversidad de lo corpóreo y de cómo cada persona significa y resignifica su cuerpo” (p. 100), ofreciendo ejemplos de nuevas propuestas de ser hombre, como es el caso de los metrosexuales.

El capítulo 6 abarca el tema del cuerpo masculino y los trastornos alimentarios. Aunque a nivel epidemiológico la gran mayoría de estos trastornos lo sufren las mujeres, de un 5 a un 15% lo reportan hombres. El autor encuentra que de estos, una gran proporción son homosexuales. Una posible explicación es que en cierta subcultura gay hay un énfasis en la importancia de la imagen corporal. El autor sugiere que esto se puede deber a que estas personas están en una búsqueda que reafirme una masculinidad social impuesta de perfección y control.

En el capítulo 7, dedicado a la industria sexual y la masculinidad, el autor enfoca su análisis en aquellos cuerpos que están a la venta para el disfrute del otro; una actividad que suele estar estigmatizada y muchas veces asociada más al cuerpo de las mujeres. En el caso de los hombres, muchos de estos mantienen su posición de masculinidad al referir que nunca asumen la posición receptiva y que no permiten ser penetrados. En adición, la amenaza a la masculinidad sucumbe cuando se aclara que el acto se realiza por buen dinero u otros beneficios materiales.

El libro finaliza con un epílogo en el cual se reafirma la tesis de que la masculinidad es fluida y plural. Dice el autor: “Probablemente hay tantas formas de representar la masculinidad como hombres haya en el planeta” (p. 137). El autor plantea que el masculino saturado de

poder y dominio sólo existe en el imaginario, ya que ningún hombre cumple todas las expectativas del masculino hegemónico. Tomando como referencia lo mucho que han logrado las feministas al lograr cambios estructurales a favor de la mujer, el autor plantea que ya ha llegado el momento de generar política pública que garantice y vele por el bienestar de las masculinidades y sus vertientes. Sin embargo, con un pie firme en nuestra realidad social, el autor reconoce que aún hay mucho trecho que recorrer. Más allá de una futura apertura en estatutos y leyes, en el imaginario común todavía permean mitos anquilosados sobre los homosexuales, desde que son enfermos hasta perversos.

En fin, el libro del Dr. Toro-Alfonso puede ser considerado como una férrea y efectiva defensa del lugar privilegiado del discurso social al momento de ampliar nuestro horizonte sobre las posibilidades de lo que es ser un hombre: el menú es exquisito y muy saludable para tener una sociedad abierta y de respeto social. Este libro abre una brecha necesaria para discutir las masculinidades en la iglesia, en la casa de las leyes, en un salón de clases, y principalmente en el seno del hogar. Sólo así podremos erradicar males sociales como lo son los estigmas y prejuicios malsanos que debilitan nuestra humanidad.